

To whom do we tell what happened
on the Earth, for whom do we place everywhere huge
mirrors in the hope that they will be filled up
and will stay so?

CZESLAW MILOSZ, «Annalena»

Nota de la autora

Ciertos aspectos de los personajes y los hechos que aparecen en esta historia se han modificado, principalmente para proteger a las personas, no solo de la censura sino también de aquellos que leen esta clase de obras para averiguar quién es quién y quién le hizo qué a quién, para prosperar y colmar su propio vacío con secretos ajenos. Los sucesos que se narran en este libro son verídicos en la medida en que los recuerdos pueden ser fidedignos, pero he hecho lo imposible por proteger a amigos y alumnos, bautizándolos con nombres falsos y disfrazándolos, cambiando e intercambiando facetas de sus vidas para que sus secretos queden a salvo.

Sumario

Nota de la autora
9

PRIMERA PARTE
Lolita
13

SEGUNDA PARTE
Gatsby
111

TERCERA PARTE
James
211

CUARTA PARTE
Austen
341

Epílogo
447

Agradecimientos
451

Una conversación con Azar Nafisi
455

Lecturas sugeridas
475

PRIMERA PARTE

Lolita

1

TRAS DIMITIR DE MI ÚLTIMO PUESTO académico en el otoño de 1995, decidí darme un capricho y cumplir un sueño. Elegí a siete de mis mejores y más aplicadas alumnas y las invité a que vinieran a mi casa los jueves por la mañana para hablar de literatura. Todas ellas eran mujeres, ya que dar una clase mixta en mi casa era bastante arriesgado, aunque nos dedicáramos a conversar sobre inofensivas obras de ficción. Un chico muy cabezota, que yo había excluido de nuestra clase, insistió en sus derechos. Se llamaba Nima, y quedamos en que leería el material asignado y vendría en días concretos para hablar de los libros que estábamos leyendo.

A menudo recordaba en broma a mis alumnas *La plenitud de la señorita Brodie*, de Muriel Spark, y les preguntaba: «¿Quién de vosotras me acabará traicionando?», dado que soy pesimista por naturaleza y estaba segura de que una de ellas, al menos, se volvería contra mí. En cierta ocasión, Nassrin respondió con malicia: «Usted nos dijo que al final somos nuestros propios traidores, los Judas de nuestro propio Cristo». Manna señaló que yo no tenía nada que ver con la señorita Brodie y que ellas... bueno, ellas eran lo que eran. Me hizo recordar una advertencia que yo solía hacer: «Nunca, bajo ningún concepto, se debe menospreciar una obra de ficción tratando de convertirla en un calco de la vida real; lo que buscamos en la ficción no es la realidad, sino la manifestación de la verdad». Aunque supongo que si tuviera que incumplir mi propia recomendación y elegir la obra de ficción que mejor armonizaba con nuestra vida en la República Islámica de Irán, no elegiría *La plenitud de la señorita Brodie*, ni siquiera *1984*, sino *Invitado a una decapitación*, de Nabokov, o mejor aún, *Lolita*.

La última noche que pasé en Teherán, un par de años después de haber comenzado con los seminarios de los jueves, unos pocos amigos y alumnos vinieron a mi casa para despedirse y ayudarme a hacer el equipaje. Una vez que terminamos de vaciar la vivienda, después de que los objetos se esfumaran y los colores desaparecieran en ocho maletas grises como genios errantes que se evaporan en sus respectivas botellas, mis alumnas y yo nos colocamos contra la pared blanca y desnuda del comedor para que nos tomaran dos fotografías.

En este preciso momento, ambas fotos están ante mí. En la primera, delante de una pared blanca, hay siete mujeres de pie. Todas llevan un manto y un pañuelo negros en la cabeza, tal como manda la ley; van totalmente tapadas, con excepción de las manos y del óvalo de sus rostros. En la otra fotografía aparecen las mismas personas, en la misma postura y delante de la misma pared. Pero se han quitado el manto y el pañuelo. Manchas de color diferencian a unas de otras. Destacan individualmente por el color y el estilo de su ropa, por el tono y la longitud del cabello; ni siquiera las dos que llevan pañuelo parecen iguales.

La que está en el extremo derecho de la segunda fotografía, con camiseta blanca y vaqueros, es Manna, nuestra poeta. Escribía sobre cuestiones que mucha gente desestima para la poesía. La fotografía no refleja la especial opacidad de sus ojos oscuros, testimonio de su carácter tímido y reservado.

Junto a ella está Mahshid, cuyo largo pañuelo negro contrasta con sus rasgos de porcelana y su sonrisa retraída. Además de sus muchos talentos poseía cierta elegancia y la llamábamos «mi señora». Nassrin solía decir que, más que definir a Mahshid, habíamos logrado añadir una nueva dimensión a la palabra «señora». Mahshid es muy sensible. «Es como la porcelana –me dijo Yassi una vez–, fácil de romper. Por eso quienes no la conocen bien creen que es frágil, pero ay de quien la ofenda... En cuanto a mí –siguió diciendo con buen humor–, soy como el plástico de toda la vida: así me hagan lo que me hagan, no me rompo.»

Yassi era la más joven del grupo. Es la que va de amarillo, inclinada hacia delante y riéndose a carcajadas. Solíamos decirle en broma que era nuestra actriz cómica. Era tímida por naturaleza, pero cuando algo la entusiasmaba, se desinhibía. Tenía un tono de

voz ligeramente burlón que ponía en duda no solo a los demás, sino también a sí misma.

Yo soy la que va vestida de marrón, la que está al lado de Yassi, con el brazo alrededor de su hombro. Inmediatamente detrás de mí está Azin, mi alumna más alta, con su largo cabello rubio y la camiseta rosa. Como las demás, se está riendo. Las sonrisas de Azin nunca parecían sonrisas; más bien eran como preludios de una hilaridad incontenible y nerviosa. Incluso cuando estaba contándonos el último problema que había tenido con su marido, se reía de aquella manera tan especial. Siempre directa e impactante, Azin saboreaba el factor sorpresa de sus actos y comentarios y, a menudo, chocaba con Mahshid y Manna. La llamábamos «la indomable».

Al otro lado está Mitra, que tal vez era la más serena de todas. Al igual que los colores pastel de sus cuadros, parecía difuminarse y desvanecerse en un registro más pálido. Gracias a un par de milagrosos hoyuelos, que solía utilizar para conseguir que muchas víctimas desprevenidas se doblegaran ante su voluntad, su belleza se salvaba de lo previsible.

Sanaz, quien presionada por su familia y la sociedad dudaba entre su deseo de independencia y su necesidad de aprobación, está cogida del brazo de Mitra. Todas estamos riendo. Y nuestro compañero invisible, el fotógrafo, es Nima, el marido de Manna y mi auténtico único crítico literario (si tuviese la constancia necesaria para acabar los brillantes ensayos que entonces empezó a escribir).

Había una más: Nassrin. No aparece en las fotografías, no se quedó hasta el final. Pero mi historia quedaría inconclusa sin quienes no pudieron quedarse o no se quedaron. Sus ausencias perduran como un dolor agudo que parece no tener un origen físico. Eso es Teherán para mí: sus ausencias eran más reales que sus presencias.

Cuando recuerdo a Nassrin, la veo ligeramente desenfocada, borrosa, casi lejana. He estado mirando las fotografías que mis estudiantes se hicieron conmigo a lo largo de los años y Nassrin aparece en muchas de ellas, aunque siempre escondida detrás de algo: de una persona o de un árbol. En una estoy en el pequeño jardín que hay delante de la facultad, que con el correr de los años fue el escenario de muchas fotografías de despedida, con ocho estudiantes. Al fondo hay un sauce grande. Estamos riéndonos, y en un rincón, detrás del alumno más alto, asoma el rostro de Nassrin como

un diablillo que pícaramente se cuelga en una escena a la que no ha sido invitado. En otra apenas puedo distinguir su rostro por el pequeño hueco en forma de V que constituyen los hombros de dos alumnas. En esta parece perdida en sus pensamientos, con el entrecejo fruncido, como si no se diera cuenta de que le están tomando una fotografía.

¿Cómo puedo describir a Nassrin? Alguna vez dije que era como el gato de Cheshire: aparecía y desaparecía de mi vida académica inesperadamente. Lo cierto es que no sé describirla: ella era su propia definición. Lo único que puedo decir es que Nassrin era Nassrin.

Durante dos años, lloviera o luciera el sol, vinieron a mi casa prácticamente todos los jueves por la mañana, y casi nunca dejé de asombrarme al verlas despojarse de los velos y los mantos que estaban obligadas a llevar y estallar en una sinfonía de color. Al entrar en aquella sala, mis alumnas se quitaban mucho más que el pañuelo y el manto. Poco a poco adquirían perfil y forma, y se convertían en sus propias identidades inimitables. Nuestro mundo, en aquel cuarto, con la ventana enmarcando mis queridos montes Elburz, se transformó en un santuario, en un universo autosuficiente que burlaba la realidad de los pañuelos negros y los rostros tímidos en la ciudad que se extendía allí abajo.

El tema de la clase era la relación entre ficción y realidad. Leíamos literatura clásica persa, como los cuentos de nuestra heroína de ficción, Scherezade, de *Las mil y una noches*, y clásicos occidentales como *Orgullo y prejuicio*, *Madame Bovary*, *Daisy Miller*, *El diciembre del decano* y, desde luego, *Lolita*. Al escribir cada uno de estos títulos, los recuerdos revolotean en el viento y turban la tranquilidad de este día otoñal en otra habitación, en otro país.

De vez en cuando me siento en ese otro mundo que tantas veces afloraba en nuestras conversaciones y vuelvo a imaginarnos a mí y a mis alumnas, mis chicas, como acabé llamándolas, leyendo *Lolita* en una estancia engañosamente soleada de Teherán. Pero, haciendo propias las palabras de Humbert, el poeta/criminal de *Lolita*, «lo necesito, lector, para que nos imagine, porque no existiremos de verdad si no lo hace». Contra la tiranía del tiempo y la política, imagínenos como ni siquiera nosotras nos atrevemos a hacerlo a veces: en los momentos más íntimos y secretos, en los instantes de la vida más extraordinariamente cotidianos, escuchando música, enamo-

rándonos, paseando por las calles sombrías o leyendo *Lolita* en Teherán. Y luego vuelva a imaginarnos, con todo esto confiscado, enterrado, arrebatado de nuestras manos.

Si escribo sobre Nabokov hoy, es para conmemorar nuestra imposible lectura de Nabokov en Teherán. De entre todas sus novelas, he elegido la que enseñé por última vez y la que está vinculada a tantos recuerdos. Quiero escribir sobre *Lolita*, pero ya no puedo escribir sobre esa novela sin escribir también sobre Teherán. Así que esta es la historia de *Lolita* en Teherán, de cómo *Lolita* transmitió un color diferente a Teherán y de cómo Teherán contribuyó a redefinir la novela de Nabokov, transformándola en esta *Lolita*, en nuestra *Lolita*.